

# La contemplación de la ruina

Marta Hernández Cuenca

Caminamos por donde ya han caminado millones de personas, civilizaciones enteras que nos han dejado muestras de su forma de habitar el mundo. Tenemos entre nuestras manos un pasado que somos incapaces de interpretar pues inevitablemente la historia nos ha cambiado como individuos. A lo largo de los tiempos, el paso de la historia se ha entendido de diferentes maneras. Conocemos el presente, reinterpretemos el pasado y especulamos sobre el futuro. Y para esa especulación hacemos un pronóstico que proyecta el pasado en el futuro.



Debemos tener en cuenta que como seres históricos que somos y para intentar entendernos a nosotros mismos tratamos de conocer nuestro pasado. Pero en esta reinterpretación del ayer, modificamos la historia, aportando y mezclando datos e información, no solo actuales sino también de otras épocas que no se corresponden a cómo en realidad fue la antigüedad. Películas, series de televisión, novelas, etc. tienen la mayor parte de culpa de esta visión retrospectiva errónea. Sin embargo, esto no es algo nuevo sino que antes de los tiempos modernos también se representaba el pasado a través del presente. Existen cuadros antiguos (La guerra de Palmira

por ejemplo) que representan batallas aún más antiguas del tiempo en las que se pintaron pero en las que aparecen símbolos, indumentaria o objetos cotidianos contemporáneos a la realización de la pintura en lugar de mantener una concordancia con el pasado que quieren recrear. Se crean de esta forma falsedades históricas, mitos que curiosamente se convierten en verdades porque no se hace una revisión real sobre si lo que cuentan fue o no fue así. Y el problema es que hay muchas partes de la historia en las que desconocemos la verdad. En esta incertidumbre, en este vacío es donde el ser humano necesita inventar, completar el relato para completarse y

entenderse a sí mismo; si no sabe, necesita reinterpretar, soñar y crear el mito. Seremos aún así, seres incapaces de terminar de ponernos en la piel de otro tiempo. Como contemporáneos nunca podremos terminar de estar allí. Podremos solo imaginar. Y el mito se idealiza. Así, a menudo asociamos el pasado con la ruina y representamos civilizaciones antiguas con la imagen que ahora nos queda de ellas. Ligamos pensamientos de belleza irreales a esos lugares, a esas piezas y objetos sobre los que recae tanto tiempo. Admiramos el

pasado más de lo que lo hicieron en su tiempo y sin saber, además, como era realmente ese tiempo. Nos parece bella una escultura griega tal y como ahora la vemos, pero antes estaba policromada, se paga una cantidad irrisoria de dinero por los cuadros que Cezanne o Van Gogh pintaron y murieron de hambre. Es difícil saber si algo en sí mismo nos interesa por su propio valor y calidad, sobre todo cuando hablamos de objetos artísticos, o simplemente por su antigüedad.



Las representaciones del pasado, nos evocan al pasado sentimentalmente, ensoñamos e imaginamos a partir de ellas. Imaginar cómo fue, cómo vivían. Nos sentimos parte de la historia a través del conocimiento de la misma y al mismo tiempo impregnamos el pasado de ese sentimiento, contaminándolo del yo, vaciando de significado la imagen para apropiarnosla y hacerla nuestra y así, sentirnos reflejados en ese paso del tiempo que nos ha contruido como individuos. Pero más allá de los sentimientos, cuál es el criterio por el que sentimos emoción al ver un objeto del pasado u otro. Qué marca que un objeto sea digno de contemplación y otro no. La respuesta a esto no está sino en el mercado cultural.



Hace poco en una visita al monasterio de Uclés, en la provincia de Cuenca (España), me encontré con un suceso que podrá servir de ejemplo para lo que venimos hablando. En aquel lugar donde podías sentir la historia del paso de los pueblos. Desde el Paleolítico hasta este siglo, se podían ir visitando las distintas salas del claustro. En la parte de la antigua Iglesia se exhibían en las naves laterales, separados por época histórica desde libros antiguos, esculturas, pinturas, a restos de objetos cotidianos, todos protegidos con una línea de seguridad o entre cristales. Dentro de la misma sala pero en la parte superior, más difícilmente accesible pero con posibilidad de entrada para el público, se presentaban unos paneles que dibujaban un eje cronológico de lo que abajo se nos había enseñado. Algo curioso pasaba en esta sala. Detrás de los paneles en los que los visitantes ponían toda su atención se escondía un montón de objetos aparentemente sin valor ninguno. Un retablo. Una serie de esculturas en madera estucada, seguramente roble, desmontado, roto y en unas condiciones deplorables. Oculto, entre suciedad y cigarrillos apagados estaban apiladas en desorden unas figuras de gran calidad escultórica. Pero, por sorprendente que pueda parecer, los visitantes del monasterio seguían su ruta, fijaban su atención en esos paneles didácticos en lo que se les explicaba la historia de aquel lugar. Siguiendo las flechas del recorrido quedaba este conjunto escultórico invisible, tan válido a la contemplación como las esculturas protegidas con la distancia de seguridad de la parte de debajo de la Iglesia.



Quizá, al igual que la libertad de mercado, la libertad de contemplación no es libertad real, no hay posibilidad de elección sino un simulacro en el que se escoge entre lo que se oferta y donde la única forma de libertad es el rechazo. Lo que está fuera de este mercado, fuera de lo que se nos expone para mirar, fuera de esta industria cultural, no existe o muere como Bartleby.